

LA REAL SOCIEDAD BASCONGADA DE LOS AMIGOS DEL PAÍS *

Por JUAN IGNACIO URÍA

Sabido es que la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País tiene su origen en los llamados Caballeritos de Azcoitia. Es un movimiento que se sitúa perfectamente en la época del despotismo ilustrado, y concreta y exactamente puede decirse que la gran aventura de esta Sociedad entra íntegramente, prácticamente en el reinado de Carlos III, en lo que de más substantivo y trascendente tiene. Realmente la Sociedad Bascongada de los Amigos del País es una aventura poco conocida. A pesar de tantos estudiosos que se han ocupado de ella carecemos hoy de un estudio crítico que de verdad fuera definitivo para situar en el espacio y en el tiempo algo tan trascendente como este movimiento.

Esta aventura cabe perfectamente casi entre las dos Enciclopedias: El primer tomo de la enciclopedia de D'Alambert, que sale el 51, si no recuerdo mal, y el primer tomo de la Enciclopedia metódica de Pankoucke, que sale en 1781. En este prisma, en esta perspectiva de las dos Enciclopedias entra el quehacer de estos hombres. Que son hijos, por tanto, del enciclopedismo, del despotismo ilustrado y, por ende, del siglo. Creen en la eficacia del método analítico; saben que el utilitarismo es un dogma de fe en lo científico y en lo económico; son gentes que saben que la razón lleva al interés y el interés lleva a la felicidad. Son gentes que se conocen perfectamente toda la literatura de un siglo tan complejo, tan movido como es el XVIII.

* Conferencia pronunciada en Madrid, en noviembre de 1977, por el amigo D. Juan Ignacio de Uría, Presidente de la Comisión de Guipúzcoa de esta Sociedad, en el ciclo organizado por la E. T. S. de Ingenieros de Minas con motivo de su bicentenario. (Publicada en «Industria Minera», Boletín Informativo del Consejo Superior de Colegios de Ingenieros de Minas de España. Núm. 201, agosto-septiembre, 1980).

Entre estos hombres que leían a Feijóo y eran amigos del Padre Isla, había algunos como Montehermoso, que tenía relación con D'Alambert; como Altuna, amigo íntimo de Rousseau; o como Narros, que tenía correspondencia con Voltaire; gentes que eran en aquel momento el ombligo en el mundo de las ideas de Europa.

Podíamos decir que su quehacer por este siglo en el que viven, por sus inquietudes, entra perfectamente en dos o tres parámetros, dentro de la línea del despotismo ilustrado: El quehacer de la cultura a partir de la docencia es una de las grandes obsesiones de esta gente, y por otro lado, el quehacer de la mecánica de la restauración de un país a partir de la economía, ciencia en la que tenían tanta fe. Eran unos hombres que pertenecían, de alguna manera, a la pequeña oligarquía del país.

Estos hombres nacen en Azcoitia, que es el corazón del País Vasco de alguna manera; porque Azcoitia con Loyola es casi el centro geográfico de Guipúzcoa, y Guipúzcoa es la única provincia vasca rodeada de provincias vascas por todas partes. Quiero decir que estos hombres que nacen en el corazón del País Vasco, son vasco-parlantes todos ellos. Tanto, que el Conde de Peñaflores, que es la cabeza visible de este movimiento, es uno de los grandes clásicos del euskera: en muchos textos castellanos suyos se ve que su sintaxis se resiente mucho del vascuence que hablaba y empleaba de continuo con sus amigos.

Azcoitia, en el siglo XVIII, era un pequeño pueblo que ostentaba por tanda una de las cuatro capitalidades de Guipúzcoa. Sabido es que había una capitalidad itinerante en cuatro villas, que se llamaban por ello las Villas de Tanda. Azcoitia era un pueblecito de unos 3.000 habitantes apenas. En fin, nacen en este pueblo, y ellos con unos amigos suyos, con unos parientes que vivían en este valle, inician poco a poco un mundo de indagaciones, de tertulias, de lecturas, de trabajos, ayudados por otros amigos que venían de los confines más dispares del País Vasco. Un Samaniego y un Ignacio de Uría venían, por ejemplo, de Laguardia; un Valentín de Murgátequi venía de Marquina; y el Chevalier de Sencrist venía de Orthez, nada menos. Esta gente se reunía en Azcoitia y poco a poco fueron creando un movimiento, que va a cristalizar en uno de los movimientos más importantes de toda la Ilustración; y no sólo en los reinos de Carlos III, donde, por supuesto, es cabeza indiscutible

este movimiento, sino en toda la Europa de su tiempo, con una capacidad altamente notoria de equiparación, de homologación con otros movimientos parecidos.

El eje de esta Sociedad son tres individuos. El primero de todos ellos es *Ignacio Manuel de Altuna*, que nace el año 23 y muere el 63. Este muchacho estudio en un pequeño Colegio de los Jesuitas, de la Compañía, en Azcoitia; pasa al Seminario de Nobles en Madrid, hace un viaje de estudios por Europa y en este viaje coincide con Rousseau, del que termina siendo su amigo íntimo. Se retira a Azcoitia. Será Alcalde y Diputado y muere en el año 63, poco antes de que la Sociedad salga a la luz.

El segundo es *Xavier María de Munibe e Idiáquez, VIII Conde de Peñaflorida*. Este hombre nace el año 29, en Azcoitia, y hace estudios en el mismo Colegio de la Compañía, en su villa natal. Se traslada a Toulouse, vuelve por la muerte de su padre a Azcoitia, será Alcalde y Diputado como sus compañeros y morirá el año 85, después de entregarse en cuerpo y alma 20 años al quehacer de la Sociedad que había fundado. Es el verdadero padre de esta criatura admirable que es la Sociedad Bascongada de los Amigos del País.

El tercer hombre, el hombre que vive la aventura de la Sociedad con mayor intensidad, porque es el que muriendo el año 1804 verá, conocerá la decadencia, es el *Marqués de Narros*. Nace también en Azcoitia el año 33.

Esta gente, perteneciendo a la oligarquía, eran ilustrados. Es muy interesante decirlo porque hoy, que al hablar de los Caballeros lo único que rememoramos, por desgracia, son siempre los peluquines empolvados, los chocolates del atardecer, los candelabros y los clavecines; es importantísimo saber que estos individuos fueron de un progresivismo feroz.

Hay que imaginarse que una Sociedad que tiene entre sus socios al Conde de Aranda y a Olavide, entre otros muchos nombres que se podían traer a colación, por supuesto no era una Sociedad integrista. Era una Sociedad tremendamente progresista y la prueba está en lo siguiente:

Estos hombres se reunían en Azcoitia, en la casa del Conde de Peñaflorida. Esta casa es una monería de mansión, reconstruida a la moda del XVIII, una verdadera pacotilla a la francesa, con un

par de escalinatas preciosas bajando en terraza hacia el jardín, con dos torrecitas gemelas, con una suite y una sucesión de salones con yesos y estucos maravillosos. En esta casa, estos amigos se reunían a hacer tertulia.

En Azcoitia, como casi en todos los demás pueblos de Guipúzcoa y Vizcaya, había de noche tertulias en las casas de la Villa, y acudían a ellas caballeros y clérigos. Se jugaba, se bebía, se comía, se parlaba, y cada uno se retiraba a su casa con la esperanza de volver la noche inmediata.

Por el año 48 habían tomado ya una forma más elegante estas asambleas nocturnas. La tertulia de pueblo y merendola se transformó en junta académica compuesta de varios caballeros y algunos clérigos despejados y estudiosos. Por medio de unos reglamentos sencillos, se fijaban la hora y el paraje a la concurrencia, su duración y distribución de tiempo. Así, las noches de los lunes se hablaba solamente de matemáticas; los martes de física; los miércoles se leía historia y traducciones de los académicos tertulianos; los jueves una pequeña música o un concierto bastante bien ordenado; los viernes geografía; los sábados conversación sobre asuntos del tiempo y el domingo música.

Estos individuos empiezan un día a darse cuenta del desfase tremendo que hay entre ellos y el pueblo en el que están insertos, y es entonces cuando poco a poco, olvidando sus tertulias del Palacio de Insausti, sus pequeñas investigaciones, sus libros, sus polémicas con el Padre Isla, van polarizándose en una academia, rigurosamente organizada, para un quehacer por el País Vasco.

En esta etapa de las tertulias del Palacio de Insausti tiene lugar el incidente que les dará a estos azcoitianos el remoquete de Caballeritos de Azcoitia, con el que han pasado a la historia.

El año 59, estos individuos se encuentran con «Fray Gerundio de Campazas», el «best seller» del siglo XVIII en España, el libro tan tremendamente interesante y divertido del Padre Isla. Estos individuos descubren con muchísima simpatía todo lo que de los predicadores vanos, de los teólogos baratos viene a decir el Padre Isla, pero descubren también —y sus antenas sensibles ahí lo eran en manera superlativa— el desdén con el que el Padre Isla habla de Newton, por ejemplo; porque el Padre Isla, viejo escolástico, no sabía nada de las nuevas ciencias. Hay un momento en que los

Caballeritos de Azcoitia toman la pluma y editan un folleto bajo la firma de «Los Aldeanos Críticos», editado, según decía el pie de imprenta del folleto, en la Academia de Evora, en Portugal. Este folleto, que incide en Madrid en pleno éxito, en el más escandaloso éxito que vivía el Padre Isla con su libro, le deja de la manera más triste y más pobre, al ras del suelo, como ignorantón y provoca una reacción curiosísima del Padre Isla. Este se vuelve loco en Madrid tratando de averiguar quiénes son los autores de este folleto tan agudamente escrito, tan certero y tan tremendamente lleno del sentido del humor. Entonces —es curiosísimo, y esto lo descubrió mi padre en una correspondencia del XVIII— un jesuita del Colegio de Azcoitia, amigo del Padre Isla, le escribe una carta a éste, diciéndole: «No te rompas la cabeza tratando de buscar en Madrid o en Evora a los autores del folleto que te ha puesto tan mal por tu desconocimiento de las ciencias nuevas, y empieza a saber de una vez que son unos caballeretes que se reúnen en Azcoitia los que se han metido con tu libro». Entonces, esto hace que el Padre Isla inmediatamente escriba una carta al Conde de Peñaflorida y sus amigos, los contertulios del Palacio de Insausti, aplicándoles el remoquete de Caballeritos de Azcoitia, y les dice que ellos, tan intelectuales, tan sabihondos, tan por encima de lo que el pobre Padre Isla pudiera decir, se dignen, a lo mejor, en última instancia, un día después de la penitencia que le corresponda, a admitirle en sus tertulias del Palacio de Insausti. Y dice que tendrá que comprarse un microscopio en Londres y algún aparato raro para que pueda ser admitido entre gente tan sabia.

Este incidente, una pura anécdota, es el que da lugar a que estos hombres pasen a la historia con el remoquete de Caballeritos de Azcoitia. Pero debo decir que el folleto en cuestión, firmado por «Los Aldeanos Críticos», queda clara y definitivamente como uno de los estudios más importantes en el mundo de las ideas filosóficas de España, en el siglo XVIII.

Pero vamos a dejar las tertulias del Palacio de Insausti y vamos a situarnos en este momento del siglo XVIII en que estos individuos, en una toma de conciencia frente al País Vasco, al que ven en una situación verdaderamente crítica de su desarrollo, de ruina, de pobreza, de penuria, toman la decisión irrevocable de dedicarse por el resto de sus días a hacer algo por el País. Es un proceso curiosí-

simo. Una gente que hace música, que lee, que intercambia sus cartas o sus libros, termina en un momento dado por cortar en seco esta vida, que ellos creen ociosa; y dejan su vida ociosa de salón para entregarse en cuerpo y alma al País.

En el siglo XVIII el País Vasco atravesaba una gran crisis. Las correspondencias que hay en muchas de nuestras casas hablan con datos verdaderamente patéticos de lo que debía ser la situación hacia mediados del siglo. Sabemos que la gran apoyatura del país estaba en la agricultura y la ganadería: La agricultura era verdaderamente pobre y la ganadería más pobre aún. La agricultura, dicen, apenas daba para el sustento del país los 4-5 primeros meses del año. La ganadería era ridícula; en una Memoria preparada precisamente por Peñaflorida y sus amigos se ve perfectamente su verdadera pobreza. Dice que lo que abundaba era el ganado de cerda, y que cuando por las circunstancias que fuera le daba a la gente por vender este ganado a Castilla o Navarra, inmediatamente el país se veía obligado a tener que importar ganado desde Francia.

Por otro lado, las ferrerías estaban en completa decadencia. Las guerras con Inglaterra, el Pacto de Familia, y una serie de circunstancias muy complejas, habían hecho que las ferrerías llegaran a una auténtica ruina. Un índice es el de Azpeitia; de 14 ó 15 ferrerías que había en las regatas del Urola, sólo funcionaban 3 ó 4. Hay una anécdota divertida en el Padre Larramendi, que es un gran estudioso del País en este momento, un gran observador, que dice que hay un caballero guipuzcoano que ha hecho un estudio con el que prueba que toda la producción de las ferrerías guipuzcianas apenas sirve para pagar el vino que hay que comprar fuera del País.

Dentro de este panorama hay una pragmática de Carlos III dejando fluctuar el precio de los granos, según la oferta y demanda del mercado. Esto, que de alguna manera parecía una medida liberadora, termina por ser una verdadera ruina para el País, porque el señor, el propietario de tierras, termina siendo con sus graneros un verdadero acaparador del grano, que vende al mejor postor venga de donde venga.

En esta situación, en este cuadro tan triste, los Caballeritos de Azcoitia tienen una visión tan clara del problema, que inmediatamente tratan de salir al paso con una propuesta para regenerar la

industria y el comercio; para tratar de hacer algo que, como sea, dé una cierta prosperidad al País y empiece de alguna manera a solucionar esta gravísima crisis.

Es curioso que la oligarquía, a su vez, era poderosa, pero hay notas clarísimas que prueban que el dinero que venía por mar a partir de la gran aventura de la Gran Compañía de Caracas, era invertido prácticamente en capitales muertos, en construcción de casas suntuosas, en pequeños quehaceres que nunca incidían, de ninguna manera, en la prosperidad del País, sino en la prosperidad de cuatro o cinco personas, que encima no tenían un auténtico sentido de comercialización, de búsqueda de capitales, de creación de nuevas fuentes de riqueza.

En este momento, estos hombres hacen una llamada a las Juntas Generales de Villafranca, en el año 1763.

Dejando los minuetos de atardecer y las lecturas amables de los libros de Voltaire, hacen un escrito a las Juntas Generales con un texto clarísimo, en el que dicen que es ineludible tomar inmediatamente unas medidas para que la provincia empiece a vivir. Y dicen que lo que sucede no se debe a que el hombre del País sea un individuo inferior al resto de los individuos pensantes y trabajadores de Europa, sino a que se desdeña la investigación y no se estudia; y al no estudiar y al no investigar, las fábricas están prácticamente en la ruina. Y entonces ellos, que son hombres del XVIII, invocan como gran panacea para solucionar este problema un planteamiento rigurosamente serio a partir de la economía. Por eso, el texto es precioso. Dice: «Trátase, Sr., de la economía, aquella ciencia madre del buen gobierno que enseña a discernir los verdaderos intereses de una república y los medios más eficaces de lograrlos». Y envían a las Juntas Generales el plan de una sociedad económica, de agricultura, ciencias y artes útiles y comercio.

El Conde de Peñaflores, que hace esta propuesta a las Juntas Generales compuestas de gentes totalmente ajenas a los planteamientos de Peñaflores, muy progresista para ellas, no recibe más que buenas palabras de las Juntas Generales de Guipúzcoa, que dicen que el proyecto es interesante, que vale la pena de estudiarlo, etc., y queda ahí empantanado este intento.

Después, al poco tiempo, Peñaflores, viendo que sus esfuerzos son verdaderamente estériles, aprovechando la coyuntura de unas

fiestas que hacen que gente de distintos confines de las tres provincias vascas de Guipúzcoa, Vizcaya y Alava se reúnan en Vergara, propone a amigos de las tres provincias vascas que entre todos ellos se haga algo, no sólo a nivel provincial, sino en un ámbito ya interprovincial, abarcando las tres provincias de Guipúzcoa, Vizcaya y Alava.

Esta es una intuición tremenda: por un lado se sale de la jurisdicción de las Juntas Generales de Guipúzcoa, que eran reacias a admitir este movimiento; y por otro, da coherencia a las tres provincias hermanas, de Guipúzcoa, Vizcaya y Alava.

En una próxima reunión por el mes de diciembre de este año de 1764, año de las fiestas de Vergara, el Conde de Peñaflores se reúne con personas, con amigos de las tres provincias vascas en su casa de Insausti, y en estas mismas Navidades lee por primera vez a sus amigos el Reglamento, los Estatutos de una Sociedad que intenta fundar para sacar del atasco en el que se encontraba el País.

Un inciso antes de explicar un poco estos Estatutos. Al mes exacto del motín de Esquilache, a los cuatro años de esta llamada a la conciencia de las Juntas Generales, tiene lugar en el Valle de Urola la famosa Machinada de 1766, que dará lugar, entre otra serie de contingencias en el resto de los reinos de Carlos III, a la expulsión de la Compañía de Jesús. Conocido es el incidente en Azcoitia, cuando, con ocasión de una galera venida no sabemos de dónde a cargar grano amparándose en la pragmática de Carlos III, unos zapateros y unos menestrales que están en la calle se abalanzan sobre esta galera, detienen a los que habían venido a llevarse los granos, tocan a rebato las campanas, convocan una especie de asamblea popular e inmediatamente ocupan Azcoitia. Redactan unas ordenanzas prohibiendo rigurosamente la exportación del grano y rebajan y ajustan de una manera verdaderamente arbitraria y teórica sus precios. Inmediatamente, esta revuelta, este motín, cunde a Loyola.

Se estaba edificando entonces el grandioso Santuario de Loyola. En estas obras gigantescas había, en este momento, para una población tan exigua en el valle, algo así como mil obreros. Entonces, a los sublevados de Azcoitia se unen los obreros de las obras de Loyola y juntos van sobre Azpeitia, donde, a su vez, se organiza otra

asamblea popular, se cierran las puertas, se hacen nuevas ordenanzas, e inmediatamente el malestar del País estalla en forma de revuelta muy grave: Es la Machinada del XVIII. Se extiende luego a la costa y, en una situación verdaderamente tirante y límite, en San Sebastián se reúnen las fuerzas vivas de la provincia, echan mano de las tropas del Rey, de un regimiento de Irlanda que había en San Sebastián y arman a una serie de inquilinos y campesinos de los alrededores de San Sebastián. Los campesinos, más las tropas del Rey, más alguna otra gente entre jauntxos y gentes parecidas, vienen sobre Azpeitia y en una operación verdaderamente rápida pacifican el valle, provocan una represión verdaderamente dura, que da lugar a algunos muertos, a gente expulsada, mandada a galeras, etc., y pacifican al País.

Hay un incidente muy interesante en este movimiento de la Machinada: el episodio de la inmunidad del atrio de Loyola; porque, efectivamente, la represión busca a un maestro de obras, de Loyola, que debe ser el revolucionario verdadero que ha puesto en danza toda esta tremenda aventura de la Machinada. Y entonces el Rector de Loyola hace que este individuo se escape por una ventana sin que puedan cogerlo los que venían a reprimir la algarada. Se organiza un gran tumulto y se van hasta el Consejo de Castilla denunciando al Rector de Loyola, que ha dicho que el atrio de Loyola por parte del Santuario es tierra inviolable. Esto es uno de los dossiers que se incorporarán a la expulsión de los Jesuitas.

He hecho este inciso para que se vea un poco el clima de la época y para decir que en la represión de esta Machinada estuvo el Conde de Peñafiorida.

Es muy fácil hoy con la óptica de los tiempos del revisionismo, del materialismo dialéctico, enjuiciar una situación de este momento y terminar diciendo que Peñafiorida, estando presente en la represión, es un enemigo del pueblo. Las ideas son muy simples, y a partir de esta simplicidad es muy fácil criticar cualquier situación improcedente. La verdad es que Peñafiorida era un hombre que veía claro lo que sucedía en el País y sabía que, con una algarada sin más, no se solucionaban sus gravísimos problemas. En este contexto, hay que considerar los primeros Estatutos de la Sociedad Bascongada de Amigos del País, cuyo primer artículo dice en qué ha de consistir esta Sociedad: «El objeto de esta Sociedad es el de

cultivar la inclinación y el gusto de la Nación Bascongada hacia las ciencias, bellas letras y artes; corregir y pulir las costumbres, desterrar el ocio, la ignorancia y sus funestas consecuencias y estrechar más la unión de las tres provincias vascongadas de Alava, Vizcaya y Guipúzcoa».

El artículo 9.º dice que: «Siendo tan urgentes los quehaceres, que exigen que inmediatamente se empiece a trabajar por el País; lo útil deberá preceder siempre a lo agradable». Se crea así una serie de categorías de socios, para que puedan realizar esta aventura; son las siguientes: Los *Socios de Número*, que integran una especie de senado de «*numerus clausus*», de gentes que han de laborar directamente, constantemente por la Sociedad. El *Supernumerario*, que es el socio que más haya del «*numerus clausus*»; cuando este número esté completo, va a dedicarse a actividades de la Sociedad en otros sectores. Detrás está el *Socio de Mérito*, que es aquel individuo que, por las circunstancias que se dan en su persona fuera del País, merece ser socio de esta Sociedad. Viene el *Socio Agregado*, que es el que, dedicándose a actividades paralelas a la Sociedad, puede también estar dentro de ella. Y está el *Socio Benemérito*, que es aquel quien no pudiendo trabajar directamente y dar su esfuerzo a la Sociedad, sí puede aportar fondos con los que la Sociedad marche. Y viene el *Socio de Honor*, y vienen una serie de clasificaciones curiosísimas hasta terminar en el *Alumno*. El *Alumno* es el muchacho joven, el adolescente, al que, desde casi niño, se le estará formando para que, dejándose (si pertenece a la oligarquía y puede estudiar cánones o ir a servir a las armas) de cánones y de servir en las armas, entre en la Sociedad, bien en la física experimental y la química, la metalurgia, el desarrollo de la agricultura: en esas ciencias prácticas que ellos veían que, ineludiblemente, debían de desarrollarse en el País si se quería salvar de alguna manera el País Vasco.

Inmediatamente, en los Estatutos del año 71, aparece el organigrama de las cuatro Comisiones: El quehacer de la Sociedad va a ser así: el quehacer de cuatro Comisiones. Son las siguientes: La 1.ª es la Comisión de Economía, Rústica y Agricultura; la 2.ª es la Comisión de las Ciencias Útiles; la 3.ª es la de Industria y Comercio, y la 4.ª la de la Historia, Política y las Bellas Letras. En estas cuatro Comisiones está al perfecto espectro de actividades que

hoy integran una gran Universidad en cualquier país del mundo, porque en estas cuatro Comisiones el Conde de Peñaflorida y sus amigos abarcan un quehacer tan total para el País, que va desde la agricultura y las ciencias agronómicas a la medicina, a la investigación, a la metalurgia, a la mineralogía, e, incluso, a lo que es el embrión y la base de una facultad de filosofía y letras. Pero como «lo útil debe preceder a lo agradable», en el plan de urgencia que en un País casi en revolución había que imponer era prioritario que se estudiara la metalurgia, la física experimental y las ciencias aplicadas directamente. Es por lo que esta 4.^a Comisión, que se iba a ocupar de la historia, la literatura del País, queda un tanto rezagada.

En este programa de la Sociedad, es impresionante con qué claridad marcan ciertos matices estos Estatutos del 71 al hablar de las Comisiones. Es muy interesante. Por ejemplo, la Comisión 2.^a, de Ciencias y Artes Útiles: aquellas ciencias y artes que se dirigen más inmediatamente al bien y utilidad y son más análogas a las circunstancias particulares del País, sin dejar de atender por eso a otras. Y dice aquí como en lo perteneciente a las operaciones se impondrán en los diversos modos de calcinar o arrojar y preparar la vena. Habla del hierro, habla de la medicina, habla de por qué los pocos y pobres minerales del País tenían que emigrar y, transformados en materia elaborada, volvían al País, lo que se debía evitar. Es todo un proceso en el que entran todas las ciencias. Es preciso estudiar las matemáticas y la física, singularmente en los tratados de arquitectura, hidráulica, maquinaria, metalurgia, química y mineralogía. Se emplearán en ellos sujetos que tengan algunas noticias de estos asuntos. Es una exposición de un quehacer tremendo.

Ahora, ¿qué sucede con este quehacer y con esta aventura? La expulsión de los jesuitas es un bien increíble para esta Sociedad. En el año 67, las consecuencias de esta triste revolución (de esta Machinada del pueblo, de la que hemos hablado y en cuya pacificación intervienen el Conde de Peñaflorida y sus amigos) dan lugar a que, expulsados los jesuitas, la docencia en el País quede completamente desamparada. Entonces, inmediatamente, el Conde de Peñaflorida y sus amigos, que ya tienen estos Estatutos, que han editado un libro donde explican distintas actividades que ellos pueden hacer, desde la hidráulica y arquitectura civil hasta otras

facetas, se dirigen al Rey pidiéndole les dé el Colegio de Loyola, que ha quedado vacante y vacío, para que ellos puedan montar un Colegio. En la Corte hay una serie de tiras y aflojas en este momento: hay, probablemente, ciertas suspicacias a ciertos niveles. Efectivamente, no se les da Loyola, pero sí les conceden el colegio que en Vergara han dejado los jesuitas. Esta es la razón por la que, al no poder disponer de Loyola, que era lo más próximo a Azcoitia, y haciéndose con Vergara, que era el Colegio más capaz en los alrededores de Loyola, van a trasladarse en equipo los Caballeritos de Azcoitia a Vergara. Alrededor de este Colegio que han dejado los jesuitas, montarán la experiencia del Real Seminario de Vergara.

Este es, por vez primera en todos los reinos de Carlos III, el Seminario donde, junto con lo que habitualmente se estudiaba en las humanidades del siglo, va a empezarse a enseñar, como disciplina normal y a nivel de humanidades, la física experimental, la química, etc.

El Reglamento de Alumnos es impresionante de lógica, de organización, de planteamiento. Y el Colegio irá unido a un Laboratorio, que es el «Laboratorium chemicum», de Vergara. En algo así como de 25 a 30 años de trabajo lograrán, como es sabido, el aislar el tungsteno o wolframio por los hermanos Elhuyar; el descubrir dos veces la maleabilidad del platino —una el 76 y otra el 84—, en dos experiencias que se vuelven a rehacer al mismo tiempo en experiencias paralelas en otros dos o tres lugares de Europa; descubrir procedimientos de fundición de aceros equiparables a los suecos y los ingleses; y una serie de aportaciones interesantísimas en otros dominios, como la agricultura, con la traída del lino de Riga, con una cantidad enorme de experiencias. Empezarán a hacer cosas tan increíbles que, de verdad, emociona ver lo que en 25 ó 30 años, por vez primera en la historia del País Vasco, una labor de codo con codo en equipo puede hacer.

Ahora, ¿cómo es posible esta milagrosa aventura? ¿Cómo es posible que estos individuos formen un colegio que causa la admiración del siglo en gentes de toda Europa y, por supuesto, en las de los reinos de Carlos III? Porque ese es el momento en que un Jovellanos, que ve aquel Colegio, dice que las matemáticas había que empezar a enseñarlas en España como se enseñan en el Real Seminario.

Hay que imaginarse lo que supone el Laboratorio donde en 25-30 años se aísla el wolframio, se descubre la maleabilidad del platino y procedimientos de fundición de aceros; cómo a niveles de ingeniería se hace una propuesta a la Corona de un canal que comunique el Cantábrico con el Mediterráneo, a través de poner en comunicación el Zadorra con el Ebro.

Es emocionante ver cómo un equipo de hombres que en el fondo arrastraban una manera ociosa y amable de entender la vida tan del siglo XVIII —el Conde de Peñafiorida componía operas y era un literato en el orden de la literatura vasca—, cómo esta gente, con un codo con codo terrible, arriesgando sus vidas, sus fortunas —el Conde de Peñafiorida vive 20 años en el Real Seminario de Vergara dando clases, organizando, dirigiendo, animando a la gente—, hace todo esto porque, aparte de aportar capitales suyos, hacen venir «fichados», como hoy traemos a los futbolistas, a los científicos más importantes de Europa a trabajar en el Real Seminario. Queda uno emocionado cuando ve que un Proust, cuyas leyes todos hemos estudiado en nuestro bachillerato, un Chabaneau, un Thunborg, vienen a España, porque son los Caballeritos de Azcoitia los que les traen para que empiecen a enseñar física y química experimental, mineralogía, metalurgia, de acuerdo con las nuevas ciencias en España.

Al mismo tiempo inician los «clearing» de profesores extranjeros y profesores nativos del País. Los Elhuyar se pasean por Europa, se acercan a los Centros más avanzados del continente para que miren lo que sucede. Les envían a investigar en hornos, en laminaciones, en sitios incomodísimos, en periplos rarísimos de Europa, con la obligación de tener que mandar escritos y resúmenes y rendir cuentas de sus actividades. Y es entonces cuando se van abriendo camino de tal manera que el Rey será el socio primero, el gran protector de la Sociedad, y empezará dándoles las temporalidades de la Compañía y luego unos 700 ducados, y viendo que la Sociedad no puede ir, tendrá que ir aportando nuevas cantidades, para, de alguna manera, con lo que ellos pueden aportar, con lo que mandan los vascos residentes en América, etc., etc., poder tener esta aventura en tensión.

Es impresionante. Imaginemos que cuando la Sociedad hace estos grandes descubrimientos, es cuando de verdad la Sociedad está

en la ruina y en la penuria más absoluta. El Rey aporta al fin 15.000 ducados. Seis mil van a parar al Laboratorio, tres mil al Colegio. Hay donaciones de los socios. Hay mandas testamentarias de los socios que mueren, que aportan su capital, pero la andadura es tan tremenda que es muy difícil mantener el ritmo de este quehacer.

Fijémonos en como sería lo que estos señores montaron. Existe una carta de Thunborg, el minerólogo que vivió en Suecia, en el clima donde actuó un Linneo en aquellas Universidades fabulosas de Suecia —porque no debemos olvidar que, si en el terreno de las ideas Francia era la cabeza del XVIII, en la praxis de las nuevas ciencias Suecia era, tal vez, uno de los techos más altos, y hay que imaginarse lo que supone que Thunborg, un minerólogo sueco, viniese contratado a Vergara al Real Seminario—, a un amigo suyo, el ilustrado Conde Bjelke, diciéndole: «El laboratorio que he encontrado ya en este pueblo, este poblado —no sé lo que dice exactamente—, es de tal categoría —le dice a su amigo, que está en la Universidad de Upsala—, que el laboratorio de la Universidad de Upsala y de Estocolmo, donde tú sabes he trabajado yo tanto, son la cuarta parte del laboratorio de la Real».

Es admirable lo que estos individuos hicieron en apenas 30 años de gestión, basándose en estos Estatutos, basándose en su gran capacidad de trabajo, basándose en tener, sobre todo, las ideas claras, y aplicando por vez primera en el País Vasco y, por supuesto, en el resto de España, un codo con codo tremendo en el quehacer; es la primera labor en equipo a estos niveles, cuando son capaces de una aventura tan fabulosa.

Es impresionante que, sin embargo, a pesar de todo este éxito, de toda esta fabulosa andadura, ellos tuviesen una conciencia clara de su fracaso. Y esto es muy interesante, porque mientras la gente hablaba de todo este canto maravilloso a una Sociedad perfecta que hace tantas labores, sin embargo, estos individuos no se dejaban engañar y sabían, por supuesto, que todo lo que ellos intuyeron no se podía realizar. Hay un texto precioso. El Conde de Peñaflores alude siempre, repetidas veces, al fracaso de lo que él ha querido hacer. Ya en los «Extractos» del año 80 dice: «Excepción hecha de algunas ramas de industria que han prosperado, todas o casi todas las demás han fracasado». Tenían un juicio crítico tremendo, una visión meridiana. Y toda la apoyatura de su quehacer

siempre estaba basada en la cultura: pero la cultura a partir, sobre todo, de un cuidado extraordinario a la docencia, de tal manera que si podían formar las élites en el Real Seminario, se ocupaban, sin embargo, hasta de los parvularios y de premiar textos de alfabetización para niños, de crear clases de Escuelas artísticas industriales, de montar todo un tinglado sin parangón posible en estas tierras. Y por esto tienen una gran trascendencia algunos textos de Peñafiorida, como éste, que dice: «La educación de la juventud ha de ser no solamente el objeto, sino el único fundamento de la Sociedad, hasta que difundidas las luces, llegue el feliz tiempo de aplicarlas con propiedad a los objetos particulares de nuestro Instituto».

Nos gusta comentar siempre que la raíz verdadera de la Universidad Vasca no está en la de Oñate, que, por supuesto, existía, pero siempre fue una pobre Universidad de cánones y de escolástica, más o menos, dentro de la línea de pobres-pequeñas Universidades. La gran Universidad, la Universidad moderna, con todas las escuelas especiales alrededor, donde se investigaba, donde se estudiaba la física, la química, la metalurgia, las nuevas ciencias, la gran Universidad del País que, al mismo tiempo, se ocupaba también del «euskera» y de las raíces del idioma vasco, estaba aquí latente en la aventura de Peñafiorida. Y muchas veces, cuando se habla hoy de la Universidad en euskera, hay que decir que no cabe ninguna duda que la Universidad en euskera hubiera sido una realidad entonces si esta obra no se interrumpe. Porque ya Peñafiorida, el año 65, en el Reglamento de Alumnos dice ya: «Que se enseñarán las lenguas nacionales, que es, como son —dice—, el vascuence y el castellano».

Es una labor prodigiosa. Hay que imaginarse lo que esta docencia —que no tenía posibilidad ni siquiera de darse en castellano, porque Proust, Chabaneau y toda esta gente desconocía el castellano— suponía a base de traducciones al francés, que eran retraducidas luego por ellos al castellano.

Peñafiorida muere el año 85, para decirlo de alguna manera, «al pie del cañón», en el Colegio de Vergara. Este hombre muere conociendo el descubrimiento del tungsteno, muere sabiendo que el hijo en el que había depositado sus esperanzas y que había hecho estudios señaladísimos en Estocolmo, en la Universidad, se había pa-

seado por toda Europa recopilando datos, planos, cosas, se había muerto. Murió, por contra, sabiendo que ya era posible, porque existía la autorización regia, montar un colegio de señoritas en la misma manera que el colegio de caballeritos funcionaba en Vergara, para que, a su vez, la educación convergiera a todos los planos del quehacer de la Sociedad, donde la mujer para ellos, por supuesto, tenía ya una importancia muy señalada.

Peñaflorida muere agobiado de dificultades económicas, con problemas tremendos en la marcha de la Sociedad que se está atacando. El año 94 sucede la invasión de los Convencionales, que de alguna manera era el nivel más bajo de los revolucionarios franceses. El año 94 llegan a Vergara, y leyendo en el frontispicio de aquel edificio admirable algo que decía «Real Seminario», se imaginaron que se trataba de una casa que tendría que ver con los clérigos. Y pegaron fuego al Real Seminario, al Real Laboratorium Chemicum, y tantos años de trabajo y afares se vinieron al suelo. El único superviviente de los Caballeritos de Azcoitia, que era el viejo Marqués de Narros, viejo y achacoso, como puede, y en unos carretones, traslada lo que queda. Es en este momento en que sale la primera autorización para la primera revista científica en España, que es la *Poligrafía Científica*, autorización lograda por el Marqués de Narros, si no me equivoco el año 1803, más o menos.

El año 4 morirá el último de los Caballeritos, el Marqués de Narros, viendo que todo aquel esfuerzo, toda aquella aventura se ha hundido en la nada; aunque bien es verdad que el Real Seminario de Nobles, con este nombre, empezará de nuevo a funcionar, pero ya nunca más volverá a ser lo que pudo haber sido esta aventura, que queda estrangulada en esta incidencia externa que es la invasión de los Convencionales, pero que estaba minada en raíz por otras contingencias complejísimas que en este momento no se pueden sacar a colación, porque tendríamos que hablar largo y tendido en sectores verdaderamente pesados y farragosos.

Pero antes de terminar quisiera, para de alguna manera buscar un acercamiento a la figura de Peñaflorida, transcribir lo que dice a sus amigos el día que, reunidos en su casa de Insausti, les compromete a la aventura de ser Amigos del País. Este texto da la medida de lo que pudo ser y lo que era este hombre. Dice lo siguiente: «Vosotros, amigos y compañeros míos, que lográis la

imponderable dicha de ser miembros de un Cuerpo tan ilustre, debéis corresponder con todas vuestras fuerzas a tan singular beneficio». «No basta en adelante en ser buenos amigos y buenos padres de familia. La profesión que abrazamos hoy nos constituye en mayores obligaciones. Hasta aquí podríamos ser solamente nuestros; ahora debemos ser todos del público. El bien y utilidad de éste han de ser los polos sobre los que giren nuestros discursos y el blanco al que se han de dirigir nuestras operaciones. El infundir en nuestros conciudadanos un amor grande a la virtud y a la verdadera sabiduría, y un odio mortal al vicio y a la ignorancia, y el procurar todas las ventajas imaginables al País Vascongado: ése es nuestro Instituto, pero que no sólo debemos profesarle especulativamente, sino con la práctica y el ejemplo. El empeño es arduo sin duda alguna, pero el heroico celo con que habéis entrado en él os lo hará fácil. No desistáis pues de él, amigos míos; amad vuestro patrio suelo, amad vuestra recíproca gloria, amad al hombre y, en fin, mostraos dignos Amigos del País y dignos amigos de la Humanidad entera».

No olvidemos que esta aventura de la Sociedad es coetánea de otras en todo el resto de Europa. En España es la primera de todas ellas con una diferencia de 17 años con la Matritense, que a ejemplo de la Bascongada se creará en Madrid, y donde vascongados tan destacados como Mazarredo, como Aizquibel, y otra gran cantidad de gentes del País, serán elementos destacados. Detrás de la de Azcoitia, de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, surge la de Baza con Estatutos casi parecidos; la de Madrid; detrás viene la de Zaragoza, creada por Goicoechea, un gran vascongado; están después la de Sevilla, la de Granada, la de Tudela, y una serie enorme de Sociedades que el año 86, en una prospección que hace el Consejo de Castilla, se ve que están en una cierta decadencia y que, estas otras Sociedades que surgen a imitación de la Bascongada —que no tienen, por supuesto, los planteamientos de la Bascongada—, vivirán en un clima de paternalismo filantrópico, pero, de todas maneras, haciendo una gran labor en España.

Es impresionante ver que esta Sociedad, en vida del Conde de Peñafiorida, tenía paroximadamente 1.500 socios: desde el Rey, que aparecía en cabeza como Socio Protector, hasta astrónomos del Rey de Francia, como Adanson, y colección enorme de gentes de

todos los países. Tenían todo lo que de más glorioso y más brillante dio la cultura de los reinos de Carlos III en toda España.

Y para terminar, recordaré estos pequeños versos de Gabriel Celaya, que, desde su acera y desde sus circunstancias, ha podido, sin embargo, y ha sabido comprender la aventura de estos hombres, cuando en unos versos deliciosos dice nada menos que: «Los Caballeritos bailan el minué, componen figuras, las borran después, no hacen nada, nada parece el cortés gesto con que bordan o burlan la Ley, media vuelta, gracias y al trabajo. Amén».